

El Descache de brunelio

Luis Felipe Muñoz Yusti

Image not found.

Capítulo 1

Trátase ésta de una historia que dejaría tan mal parado el buen nombre de su protagonista que será menester cambiarlo por otro. Brunelio, como llamaremos al desdichado, goza de un talento natural para las danzas y las artes corpóreas, no tanto así para el raciocinio, el cual le vino escacharrado de fábrica.

Son incontables las historietas que podría basar en tan pintoresco personaje, sin embargo hoy he decidido narrarles una, tan sin par en menudencias de infinita gracia que es digna de ser contada generación tras generación.

Llegaba la noche sabatina y hallábase el buen Brunelio emperifollándose para salir a sus ya acostumbradas furruscas libertinas, que solían terminar con él despaturrado, alcoholizado y panza arriba bajo el canicular sol dominical. A dichos guateques solía asistir con su grupo de camaradas, todos mozalbetes bailarines, grilluelos, pelagatos, chocarreros y con la vacua molleja embadurnada de algún producto capilar de cautivante aroma.

La indigna manada de comadreas salseras, tenía el mal hábito de llegar hasta las casas de la perdición en sus destartalados velocípedos, todos ellos bicis desvencijados y cundidos de indignas calcomanías, que solían dejar atados a una ventana del lupanar con alguna cadena de amplia envergadura asegurada por una argamasa de mohó que en otro tiempo fue candado.

Entraron los morbosos enloquecidos y ansiosos de comprar amor a las putillas que en el antro camellaban. Y he de aclarar en este punto que dichas damiselas no tenían nada que envidiarle a los avechuchos, espantajos, esperpentos y adefesios descritos por las ominosas historias medievales. Ora tuertas ora mancas ora leporinas las menesterosas desfilaban frente a los carroñeros insinuando el morrito de su amor con gran porfía, y así cada gallinazo tomó su murriña y empezó el lascivo jolgorio.

Brunelio, de gustos exóticos, tenía por vicio echarse a la muela a Maruja, una damisela de cincuenta y tantos años, bizca de nacimiento y chancha por convicción, de la cual solía declararse prendado de su sexo absorbente plagado del almizcle del bocachico en descomposición.

Pero el traidor corazón de Brunelio le jugaría una mala pasada aquella noche, y es que ya entrado en copas el alcoholizado monigote detecto entre el tumulto de borrachines, una figura tan esbelta y tan llena de gracia, que no parecióle mujer del lupanar sino prepaguilla de alta alcurnia. Sus cabellos lisos, sus caderas exuberantes y un par de melones delanteros redondos y solícitos le hicieron eyectar de sus piernas a Maruja quien termino despatarrada con las pezuñas al aire detrás del asiento. Caminó presuroso hasta el lugar en el que se hallaba la exótica belleza, ofrecióle un guarilaque y extendióle la mano para llevarla hasta la pista de baile. Sonaba la "Lambada" y amacizado a la damisela Brunelio empezó a hacerle preguntas como ritual de cortejo sin recibir ninguna respuesta de

parte de ella, esto no le molestó mucho ya que si había comprado en otras ocasiones el amor de tuertas, mancas, cojas y bizcas, una sordomuda no le resultaría problema y menos una con la gracia sin par que adornaba a esta. Así que sin insistir en cuestiones de minúscula importancia aprovecho el romántico momento para restregarle con malicia su mercado y buscar sus jugosos labios, sobre los que procedió a posar un romántico y ardiente beso.

Continuó la chupadera de trompa por largo rato, Brunelio que no creía en Poncio en aquel momento espero hasta el final de la canción para acercarse hasta la mesa en la que hallábase su manada con el fin de presumir de su esbelto botín, por el cual pensaba empeñar hasta los calzones de ser necesario con tal de alquilar su cariño por aquella noche. Brunelio y la muda llegaron hasta la mesa y dirigiéndose a sus compinches el gaminete rebuznó:

- ¡¡Muchachos!! Les presento a una amiga

Todos saludaron con presteza, tras lo cual pudo escuchar con horror el pobre Brunelio que de la garganta de su hermosa presa, surgía un vozarrón ronco, tronante y masculino que decía:

- Mucho gusto me llamo Carlos, pero aquí me dicen La Diabla

Dicen las malas lenguas que a pesar del traumático momento, Brunelio aún frecuenta a su Caliche dando rienda suelta a su cacorrería